

Psicodelia y literatura

EZEQUIEL MALDONADO LÓPEZ
FERNANDO MARTÍNEZ RAMÍREZ

En este número 59 de *Tema y Variaciones de Literatura*, abordamos el tema “Psicodelia y literatura”, lo que nos permite recordar esos frenéticos años en que el rock, acompañado por la psicodelia y la impetuosidad juvenil, impuso no sólo una moda sino todo un estilo de vida, como lo propuso, vía el existencialismo, Albert Camus en *El hombre rebelde*: en todo acto o movimiento de rebeldía se barrunta la búsqueda de un mundo mejor, búsqueda que va desde el desencanto hasta la revolución, es decir, puede tomar cualquier cariz o excusa, inclusive las más aberrantes y esperpénticas, pero también las más dulces y psicodélicas.

En los años sesenta, en EU, dice Leonardo Acosta, el temor, la desilusión y el conformismo eran los sentimientos dominantes entre las juventudes urbanas, reflejados en la literatura *beat* –estereotipada como *beatnik*–, “la generación derrotada”, que tenía como Biblia la novela *On the road* de Jack Kerouac. Había surgido el *rock and roll*, el cual proporcionó a los jóvenes una vía de escape a su frustración ante las guerras inútiles, y encontraría resonancias en otras expresiones como el movimiento *hippie*.

En México, en 1975, y haciendo eco a otros movimientos *contraculturales* –como la llamada literatura de *La Onda*– surgen los *Infrarrealistas*, que testan las buenas costumbres y los rituales de la urbe letrada a través de la consigna: “Volarle la tapa de los sesos a la cultura oficial”. Elvis Presley, los Beatles, los Rolling Stones, los Doors, Black Sabbath, Led Zeppelin, habían trastornado a una juventud que antes bailaba y *protestaba* con refritos de Paul Anka, Pat Boone y Ricky Nelson: puritanismo y ñoñería con grupos autóctonos que convirtieron en *cover* y en muy personal el desencanto. Es la traducción que hacen algunas urbes latinoamericanas de lo que algunos llaman penetración cultural e ideológica y que los medios de comunicación masiva traen e imponen, o rechazan y condenan, pero no pueden desaparecer. No sólo se trata de industria cultural: es el espíritu de una época que traduce su desilusión e idealismo en sedición y escándalo, en literatura y música. Puede verse

como una colonización del gusto a través de la música y el cine, de las historietas y la televisión, del llamado arte pop de la época, o puede interpretarse como “el escape de la banda” ante un mundo que debiera ser mejor y obliga a los jóvenes rockeros a refugiarse en los *hoyos funkies* y les permite huidas fugaces como el Festival de Avándaro.

En este número *Tema y Variaciones de Literatura* propusimos analizar, en el aspecto literario —y sus deslizamientos político-culturales e ideológicos—, el uso y manipulación de estas insurrecciones, de estas banderas de contracultura que, opuestas al sistema capitalista, con frecuencia terminan siendo absorbidas por el mismo, de esta psicodelia que también es expresión distópica y rebeldía anhelante. ¿Qué dicen los *covers* que marcaron a toda una generación al crear ídolos que proyectan la imagen de desobediencia, modelos de actitudes y comportamientos juveniles? ¿Cómo se convierten en fetiches y mitos imágenes como las del Che? ¿En dónde descansa la auténtica rebelión? ¿Qué canales y formas contestatarias resultan más genuinas o peligrosas? ¿Cómo influyó esa industria cultural o “cultura de masas”, con su fenómeno musical —rock and roll, pop, beat, yé-yé, gó-gó, hard, heavy metal, etc.— en la juventud mexicana? ¿Qué manifestaciones literarias alternativas dieron cauce y expresión a este espíritu?

Estas interrogantes se intentan responder desde la muy peculiar óptica de las contribuciones a este número. Ezequiel Maldonado y Miguel Ángel Hernández, con el título “El rocanrol y los recuerdos del porvenir”, abordan el tema desde la perspectiva del fenómeno rock y elementos constitutivos: literatura, cine y drogas. Si bien el rocanrol se le considera primordialmente como un fenómeno social, los autores analizan también su aspecto estético y el aporte literario de autores como Jack Kerouac y Tom Wolfe, en Estados Unidos, y en México, José Agustín, Gustavo Sáinz y Parménides García Saldaña, entre otros. Maldonado y Hernández revisan opiniones dominantes y consignas que se propalaron como rebelión de los jóvenes: revolución sexual y el surgimiento de una contracultura, opositora del *sueño norteamericano*. En el ensayo se analiza la psicodelia, vinculada a esta música, que sirvió como detonadora de uso masivo, en Norteamérica, del ácido lisérgico, LSD, de marihuana y diversos alcaloides. Revisan su significado en Estados Unidos, su influencia en México y sus derivados en la música de consumo y el entorno de la cultura popular. Al final, se esboza el significado del 68 mexicano y el crimen de Estado que impactó al pueblo de México con su cauda de enseñanzas y esperanzas en un futuro mejor.

Con el título “Metonimia y sinestesia en la psicodelia mexicana”, Carlos Gómez Carro discute la idea del descubrimiento de América y su repercusión

en la trata de esclavos africanos y sus manifestaciones culturales, como la música. En los Estados Unidos, dicha esclavitud contempla manifestaciones de dolor, pero también de esperanza. La música rock derivada de esos músicos negros, será apropiada por Elvis Presley y Bill Haley, entre otros artistas blancos, y de ahí, el traslado a la frontera de cristal mexicana. En los años cincuenta y sesenta del siglo xx, dice el autor, surge un movimiento juvenil como modelador de su devenir, y de sus utopías y distopías. Gómez Carro equipara las letras de varios rocks mexicanos con la poesía de Tomás Segovia. Es decir, las letras musicales en español rebasan el estereotipo de la metáfora poética y se afianzan en la metonimia y en la sinestesia. Dice que a finales de los años cincuenta y hasta el movimiento juvenil de 1968, se venía gestando una *rebelión de las masas* en México en las costumbres y en las artes, en el cine y en la música rock, y que esta rebeldía juvenil habría de ser reprimida el 2 de octubre de 1968. Ahí se incubó la represión juvenil por una clase paranoica en el poder.

Desde los estudios culturales, José Hernández Riwes, en “Si no das el tranco tú. Del paradigma anglofílico al ‘multicultural’ en el rock hecho en México”, se plantea, a partir del que fuera lugar común –“el rock se debe cantar en inglés–, la idea misma de lo que debe o no ser incluido en el género. Así, va dando cuenta de cómo se constituye el rock en español, en específico el mexicano, a partir –al principio– de la influencia anglosajona. Se trata, entre la juventud, de una forma de identidad generacional y contracultural que se va gestando desde finales de los años cincuenta, se afianza en los sesenta y, estigmatizado o relegado, lucha por sobrevivir en los setenta. En los años ochenta, poco a poco se fortalece el paradigma multicultural del género y el rock en español logra afianzarse y acepta la mezcla, fusión y amalgama de géneros, hasta que en los noventa esta división y el gusto quedan prácticamente difuminados.

Gloria Ito presenta “Psicodelia. Las puertas de la percepción. La generación beat”. Dice la autora que dicha generación coincide con el desencanto de una juventud estadounidense hastiada del confort y de las buenas conciencias puritanas; se rebelan y confrontan el *American dream*, sus convencionalismos y se muestran intolerantes hacia la banalidad y vacuidad del sistema. Jack Kerouac, Allen Ginsberg y William Burroughs serán los profetas de esa generación en rebeldía, que va a potenciar la individualidad y el uso de un lenguaje espontáneo y coloquial en sus escritos. “El uso de las drogas como tecnología para escribir no sólo permite a estos autores la autocensura, sino que las drogas también permiten la representación auténtica de los ritmos de la mente.” Ito analiza el poema Aullido, *Howl*, de Ginsberg. Equipara a los beats con escritores como Carlos Fuentes en su faceta del realismo mágico mexicano.

Por último, señala a los escritores de La Onda como parte de la contracultura mexicana.

En nuestra sección *Variaciones* se abordan temas relacionados con Rafael Bernal, literatura indígena y antropología, el cine, cómo leer poesía, Vladimiro Rivas, José Carlos Becerra y Octavio paz. También incluimos la carta que con motivo de su adiós hiciera llegar Néstor Braunstein a sus amigos, entre ellos nuestro colega Antonio Marquet.